

Ciudad sin nombre

Vladímir F. Odóievski

«En las dilatadas llanuras del Alto Canadá, en las desiertas orillas del Orinoco, se hallan ruinas de construcciones, de armas de bronce, de esculturas que testimonian que, alguna vez, pueblos ilustrados habitaron esas regiones en las que ahora solo erran cazadores salvajes».

Humboldt, *Vues de Cordilleres*, tomo 1.¹

... El camino se extendía entre peñascos cubiertos de moho. Los caballos resbalaban al subir por la escarpada pendiente, hasta que al fin se detuvieron. Nos vimos obligados a bajar de la carretela...

Solo entonces notamos, sobre la cima de un peñón casi inaccesible, algo que tenía aspecto humano. Aquel fantasma de capa negra estaba sentado, inmóvil, entre cúmulos de piedra, y guardaba un profundo silencio. Al acercarnos al peñón, nos asombramos de cómo aquel ser pudo haberse encaramado hasta la cima por esas paredes desnudas y verticales. A nuestras preguntas, el empleado de correo respondió que el peñón era desde

¹ Seguimos aquí la traducción del autor. El párrafo del que está extraído el epígrafe dice así en el original francés:

«Le nouveau continent, de même que l'Asie et l'Afrique, présente plusieurs centres d'une civilisation primitive dont nous ignorons les rapports mutuels, comme ceux de Méroé, du Tibet et de la Chine. Le Mexique reçoit sa culture d'un pays situé vers le nord; dans l'Amérique méridionale, les grands édifices de Tiahuanaco ont servi de modèles aux monumens que les Incas élevèrent au Couzco. Au milieu des vastes plaines du Haut-Canada, en Floride et dans le désert limité par l'Orénoque, le Cassiquiaré et le Guainia, des digues d'une longueur considérable, des armes de bronze et des pierres sculptées, annoncent que des peuples industriels ont habité jadis ces mêmes contrées que traversent aujourd'hui des hordes de sauvages chasseurs», Alexander von Humboldt, *Vues de Cordillères, et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, Librairie greque-latine-allemande, Paris, 1816, págs. 33-34.

En la traducción castellana de Bernardo Giner, el pasaje reza:

«El nuevo continente, como acontece en Asia y África, presenta muchos centros de una civilización primitiva, cuyas relaciones mutuas ignoramos; tales son Meroe, el Tíbet y China. México recibe su cultura de un país situado hacia el norte; los grandes edificios de Tiahuanaco, en la América Meridional, sirvieron de modelo a los monumentos que en Cuzco levantaron los incas, y hordas de cazadores salvajes atraviesan hoy las vastas llanuras del alto Canadá, la Florida y desierto limitado por el Orinoco, el Casiquiaro y el Guainia; comarcas que, a juzgar por los diques de considerable longitud, armas de bronce y piedras esculpidas que allí se encuentran, fueron un tiempo asiento de pueblos industriales», Alexander von Humboldt, *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2010, pág. 47.

hacia algún tiempo la morada de aquel *hombre de negro*, de quien en los alrededores se decía que descendía rara vez del peñón, solo en busca de alimento, y luego regresaba y deambulaba días enteros abatido entre las piedras, o permanecía sentado como una estatua.

Ese relato despertó nuestra curiosidad. El correo nos señaló una estrecha escalera que conducía a la cima. Le dimos algo de dinero para que nos esperara tranquilo y, unos momentos después, ya estábamos sobre el peñón.

Extraño fue el cuadro que se nos presentó. Sobre el peñón había dispersos trozos de piedras que tenían la forma de ruinas. Aquí, la antojadiza mano de la naturaleza o un arte antiguo e inmemorial las estiraba en una larga silueta con forma de pared; allí, las arrojaban en la pila de una bóveda derrumbada. En algunas partes, la engañada imaginación veía algo así como peristilos; jóvenes árboles asomaban en diferentes direcciones de detrás de aquellos despojos; la cuscuta se abría paso por las grietas y coronaba el encanto.

El rumor de las hojas hizo que el hombre de negro se volviera. Se levantó, se apoyó en una piedra con aspecto de pedestal y nos miró con cierta sorpresa, pero sin enfado. La apariencia del desconocido era severa y majestuosa; en unas profundas cavidades ardían unos ojos grandes y negros; las cejas inclinadas, como las de una persona habituada a una incesante reflexión; su porte parecía aún más majestuoso por la capa negra, que se derramaba pintorescamente sobre su hombro izquierdo y caía hasta el suelo.

Atinamos a disculparnos por perturbar su aislamiento...

—A decir verdad... —dijo el desconocido tras un breve silencio— rara vez veo visitantes por aquí; las personas viven, pasan de largo... los espectáculos impactantes quedan al margen; los hombres seguirán y seguirán hasta que ellos mismos no se vuelvan hacia este triste espectáculo...

—No es extraño que lo visiten poco —repuso uno de nosotros para entablar conversación—; este paraje es tan lúgubre... parece un cementerio.

—Un cementerio... —lo interrumpió el desconocido—. ¡Sí, es cierto! —añadió con amargura—. Es cierto; aquí se hallan las tumbas de muchos pensamientos, de muchos sentimientos, de muchos recuerdos...

—Seguramente ha perdido usted a alguien muy caro a su corazón —continuó mi compañero.

El desconocido le lanzó una rápida mirada; sus ojos expresaban asombro.

—Sí, muy señor mío —respondió—; he perdido lo más valioso en la vida: he perdido la patria...

—¿La patria?...

—¡Sí, la patria! Lo que ustedes ven son sus ruinas. Aquí, en este mismo sitio, alguna vez se agitaban las pasiones, ardía el pensamiento, brillantes palacios se erigían hacia el cielo, la fuerza del arte dejaba perpleja a la naturaleza... Ahora solo han quedado piedras cubiertas de hierba. ¡Pobre patria! Preví tu caída, alcé mi lamento en tus encrucijadas, pero tú no lo oíste... y me ha tocado sobrevivirte.

El desconocido se echó sobre la piedra y se tapó la cara... De pronto se incorporó y trató de empujar la piedra que le servía de sostén.

—¡Otra vez estás ante mí!—gritó—. ¡Tú, la culpable de todas las desgracias de mi patria! ¡Fuera, fuera! Mis lágrimas no te conmueven, inerte columna... las lágrimas no sirven de nada... ¿de nada?... ¿no es así?... —El desconocido se echó a reír.

Con el deseo de dar otro giro a sus pensamientos, que a cada momento se volvían más incomprensibles para nosotros, mi compañero le preguntó cómo se llamaba el país en medio de cuyas ruinas nos encontrábamos.

—Este país no tiene nombre; es indigno de él. Alguna vez llevó un nombre, un nombre altisonante, glorioso, pero lo pisoteó y hundió en el barro; los años lo cubrieron de polvo, y no tengo permitido revelar ese secreto...

—Permítame preguntarle —continuó mi compañero—, ¿acaso el país del que usted habla no figura en ningún mapa?...

Esa pregunta, por lo visto, dejó estupefacto al desconocido.

—Ni siquiera en un mapa... —repitió tras un breve silencio—. Sí, puede ser... así debe ser, así debe ser... en medio de las innumerables revoluciones que sacudieron Europa en los últimos siglos, bien pudo pasar que nadie prestara siquiera atención en la pequeña colonia que se había establecido en este peñón inaccesible. La colonia llegó a formarse, a prosperar y... a morir sin que los historiadores hayan reparado en ella... pero, por lo demás... permítanme... digo mal... ella no debía ser notada. La aflicción turba mis pensamientos, y sus preguntas me confunden... Si desean... les contaré la historia de ese país en orden... eso será más fácil... un recuerdo traerá el otro... solo no me interrumpen...

El desconocido se acodó sobre el pedestal como si fuera una cátedra y, con aire solemne de orador, comenzó así:

«Hace mucho, mucho tiempo, en el siglo XVIII, todas las mentes se hallaban muy inquietas por las teorías relativas al orden social; por doquier discutían sobre las causas de la decadencia y prosperidad de los Estados; en las plazas, en las polémicas universitarias, en el dormitorio de las bellas jóvenes, en los comentarios a escritores de la Antigüedad, en el campo de batalla.

Entonces un joven europeo fue iluminado por una idea nueva y original. “Nos rodean miles de opiniones, miles de teorías —dijo él—. Todas tienen un mismo objetivo: la prosperidad de la sociedad, pero todas se contradicen entre sí. Veamos si entre todas esas opiniones no hay algún elemento en común. Hablan de los derechos del hombre, de las obligaciones, pero ¿qué puede obligar a un hombre a no transgredir los límites de su derecho?, ¿qué puede obligar a un hombre a velar religiosamente por su deber? Una sola cosa: ¡su propio beneficio! En vano menoscabarán los derechos del hombre cuando el propio beneficio está interesado en su conservación; en vano demostrarán el carácter sagrado del deber si este entra en contradicción con el beneficio. ¡Sí, el *beneficio* es el principal motor de todas las acciones del hombre! Lo inútil es dañino, lo útil está permitido. ¡Ese es el único sólido cimiento de la sociedad! El beneficio y solo el beneficio: ¡que esa sea su ley primera y última! Que de ella emanen todas sus disposiciones, sus ocupaciones, su moral; que el beneficio sustituya los vacilantes fundamentos de la llamada conciencia, del llamado sentimiento innato, todos los delirios poéticos, todas las invenciones de los filántropos: entonces la sociedad alcanzará una prosperidad duradera.

Así habló el joven en su círculo de compañeros, y se trataba —huelga decirlo— se trataba de Bentham.

Tales conclusiones, elaboradas sobre un fundamento tan sólido y positivo, entusiasmaron a muchos. En medio del viejo orden era imposible poner en práctica el vasto sistema de Bentham; a ello se oponían las personas viejas, los viejos libros y las viejas creencias. La emigración estaba de moda, así que los ricos, los artistas, los mercaderes y los artesanos transformaron todos sus bienes en dinero, se provieron de herramientas agrícolas, máquinas, instrumentos matemáticos, se subieron a barcos y partieron en busca de un lugar deshabitado en el cual, lejos de los soñadores, poder implementar su brillante sistema.

En aquel tiempo, la montaña sobre la que ustedes se encuentran estaba rodeada por el mar. Aún recuerdo cuando las velas de nuestros barcos flameaban en el puerto. La

ubicación inaccesible de esta isla gustó a nuestros viajeros. Echaron el ancla, bajaron a la orilla, no encontraron en ella a ningún habitante y ocuparon la tierra ejerciendo el derecho de primeros propietarios.

Todos los que conformaban esa colonia eran personas más o menos educadas, dotadas de amor por las ciencias y las artes, distinguidas por su refinado gusto y su afición a delicados placeres. Pronto la tierra fue cultivada; enormes edificios se levantaron de ella como por sí solos; reunían todos los antojos, todas las comodidades de la vida: máquinas, fábricas, bibliotecas; todo aparecía con indescriptible rapidez. El mejor amigo de Bentham, elegido administrador, lo promovía todo con su fuerza de voluntad y su luminosa inteligencia. Si notaba en algún punto el menor desfallecimiento, la menor negligencia, pronunciaba la palabra más querida, “beneficio”, y todo volvía a su lugar, se levantaban los brazos perezosos, se encendía la debilitada voluntad; en una palabra, la colonia prosperaba. Imbuidos de gratitud hacia el artífice de su bonanza, los habitantes de la dichosa isla erigieron en la plaza principal una colosal estatua a Bentham sobre cuyo pedestal grabaron con letras doradas: “Beneficio”. Así transcurrieron largos años. Nada perturbaba la tranquilidad y los placeres de la dichosa isla. Al principio mismo se reanudó una disputa sobre un tema bastante importante. Algunos de los primeros colonos, acostumbrados a la fe de sus padres, consideraron necesario construir un templo para los habitantes. Obviamente, enseguida se volvió a plantear la pregunta de si eso era beneficioso, y muchos afirmaron que un templo no es una fábrica y que, por tanto, no puede aportar ningún beneficio tangible. Pero los primeros objetaron que el templo era necesario para que los predicadores pudieran recordar todo el tiempo a los habitantes que el beneficio es el único fundamento de la moral y la única ley de todos los actos del hombre. Todos estuvieron de acuerdo con ese argumento y el templo fue construido.

La colonia prosperaba. La actividad general superaba todas las expectativas. Desde la mañana temprano los miembros de todos los estamentos se levantaban temiendo perder en vano la menor partícula de tiempo, y todos se ocupaban de lo suyo: uno se afanaba en crear una máquina, otro cavaba nuevas tierras, un tercero acrecentaba su fortuna, y apenas si hacían tiempo a comer. Todos se formulaban una sola pregunta: ¿cómo puedo obtener beneficios? Aparecieron muchos libros sobre esta materia; ¿qué digo?, eran los únicos libros que se publicaban. Una muchacha, en lugar de una novela, leía un tratado sobre una hilandería; un niño de doce años ya comenzaba a ahorrar dinero para reunir un primer capital; en las familias no había bromas inútiles ni diversiones

inútiles: cada minuto estaba contado, cada acto sopesado, y nada se perdía en vano. No conocíamos un minuto de tranquilidad, no había un minuto para lo que otros llamaban el goce de sí — la vida se movía, giraba, rechinaba sin cesar.

Algunos artistas propusieron construir un teatro. Otros consideraron que semejante establecimiento era absolutamente inútil. La disputa se prolongó largo tiempo, hasta que al fin decidieron que un teatro podía ser beneficioso si sus representaciones perseguían el objetivo de demostrar que el beneficio es la fuente de todas las virtudes y que lo inútil es la causa principal de todas las desgracias de la humanidad. Con esa condición, el teatro fue construido.

Surgieron muchas disputas de ese estilo, pero, como el Estado era dirigido por personas dueñas de una irrefutable dialéctica benthamita, pronto cesaban, para alegría general. La armonía no era perturbada. ¡La colonia prosperaba!

Admirados de su éxito, los colonos decidieron que jamás modificarían sus leyes, ya que en la práctica se habían mostrado como la suprema perfección a la que podía aspirar el hombre. La colonia prosperaba.

Así volvieron a transcurrir largos años. No lejos de nuestra colonia, también en una isla desierta, se instaló otra colonia. Estaba compuesta por gente sencilla, labradores, que se trasladaron allí no para poner en práctica algún sistema, sino tan solo para procurarse el pan. Aquello que en nuestra colonia era producto del entusiasmo y de las reglas, en ellos era producto de la mera necesidad de vivir y de un trabajo mecánico, pero constante. Sus campos y prados eran cultivados, y la tierra compensaba con creces el trabajo humano.

Esa colonia vecina nos pareció un lugar muy cómodo para la llamada “explotación”²; entablamos con ella relaciones comerciales, pero, como nos guiábamos por la palabra “beneficio”, no estimamos necesario compadecernos de nuestros vecinos; recurriendo a diversas astucias, demorábamos la entrega de productos de primera necesidad y luego se los vendíamos tres veces más caros; muchos de nosotros, amparándose en todas las formalidades legales, pergeñaron innumerables quiebras en la colonia vecina, lo que provocó el deterioro de sus fábricas, y eso, también, era beneficioso para nosotros; hicimos que nuestros vecinos se pelearan con otras colonias, y en tales ocasiones los ayudábamos con dinero, el cual, desde luego, recuperábamos con creces;

² Por suerte, esa palabra, con ese sentido, no existe aún en la lengua rusa; puede traducírsela como «provecho a costa del prójimo». [Nota del autor]

los entrampábamos en el juego bursátil y, mediante diestras maniobras, siempre salíamos ganando; nuestros agentes residían en la colonia vecina y empleando todos los medios — la lisonja, la perfidia, el dinero y las amenazas— extendían constantemente nuestro monopolio. Todos los nuestros se enriquecían — la colonia prosperaba.

Cuando los vecinos quedaron en la más absoluta ruina gracias a nuestra sabia y sólida política, nuestras autoridades reunieron a personas escogidas y les propusieron resolver la cuestión de si no sería beneficioso para nuestra colonia adquirir ya definitivamente la tierra de nuestros debilitados vecinos. Todos respondieron que sí. Tras ella siguieron otras preguntas: ¿cómo adquirir esa tierra, con dinero o por la fuerza? A esa pregunta respondieron que primero había que probar con dinero, y si ese recurso no funcionaba, entonces emplear la fuerza. Algunos miembros del consejo, si bien acordaban con que la población de nuestra colonia necesitaba nuevas tierras, decían que quizás sería más acorde con la justicia ocupar alguna otra isla desierta antes que atentar contra la propiedad ajena. Pero esos hombres fueron tomados por nocivos soñadores, por ideólogos; se les demostró, mediante cálculos matemáticos, cuántas veces más provecho podía aportar una tierra ya labrada en comparación con una hasta entonces no tocada por la mano humana. Se resolvió enviar a nuestros vecinos una propuesta de cesión de tierras por una suma determinada. Los vecinos no aceptaron... Entonces, tras hacer el balance entre los gastos de la guerra y las ganancias que se podían extraer de la tierra de nuestros vecinos, los atacamos a mano armada y destruimos a todos los que nos opusieron cierta resistencia; a los demás los forzamos a errar hacia países lejanos y tomamos posesión de la isla.

El mismo procedimiento seguimos en otros casos, cada vez que ello era necesario. Los desgraciados habitantes de las colonias que nos rodeaban parecía que trabajaban la tierra solo para convertirse en nuestras víctimas. Siempre guiados por el propio beneficio, empleábamos contra nuestros vecinos todos los medios permitidos: la astucia política, el engaño, el soborno. Al igual que antes, sembrábamos discordia entre ellos para quitarles fuerza; apoyábamos a los débiles que se alzaban contra los fuertes; atacábamos a los fuertes para poner en su contra a los débiles. Poco a poco, todas las colonias vecinas, una tras otras, cayeron en nuestras manos, y Benthamia se convirtió en un Estado fuerte y temible. Celebrábamos con alabanzas nuestras grandes proezas, y a nuestros hijos les poníamos de ejemplo a esos hombres dignos de gloria que, con las armas, y más a menudo mediante el engaño, habían enriquecido nuestra colonia. La colonia prosperaba.

Volvieron a transcurrir largos años. Pronto, tras los vecinos sometidos, aparecieron otros a los que no era tan fácil someter. Entonces surgieron disputas entre nosotros. Las ciudades fronterizas de nuestro Estado, que obtenían grandes ganancias del comercio con ellos, consideraban que lo beneficioso era mantener la paz. Por el contrario, los habitantes de las ciudades del interior, apretados en un pequeño espacio, ansiaban ampliar las fronteras del Estado y consideraban muy beneficioso guerrear contra los vecinos, al menos para librarse del exceso de población. Las opiniones se dividieron. Ambas partes hablaban de lo mismo, del beneficio general, sin advertir que cada parte entendía por esa palabra solo el beneficio propio. Había también otros que, deseando prevenir la discordia, hablaron de abnegación, de concesiones mutuas, de la necesidad de sacrificar algo en el presente por el bien de las generaciones futuras. A estos hombres ambas partes los llenaron de cálculos matemáticos irrefutables y los llamaron soñadores nocivos, ideólogos. Y el Estado se dividió en dos partes: una declaró la guerra a los vecinos; la otra concertó con ellos un tratado de comercio³.

Esta división del Estado tuvo un efecto enorme sobre su prosperidad. La necesidad afectó a todas las clases; hubo que privarse de ciertas comodidades de la vida que ya se habían vuelto una costumbre. Eso pareció intolerable. La competencia produjo una nueva actividad industrial, una nueva búsqueda de recursos para alcanzar la anterior abundancia. A pesar de todos los esfuerzos, los benthamitas ya no pudieron devolver a sus hogares el lujo de antes. A pesar de la llamada noble competencia, a pesar de la intensa actividad de todos y cada uno, entre las distintas ciudades sucedía lo mismo que entre las dos partes del Estado. Los beneficios contradictorios chocaban; ninguna ciudad quería ceder a la otra; una necesitaba un canal; otra, un ferrocarril; una lo quería en una dirección; otra, en otra dirección. En tanto, las operaciones bancarias continuaban, pero, reducidas a un espacio estrecho, debían, *por el curso natural de las cosas*, dirigirse ya no a los vecinos, sino a los propios benthamitas; los comerciantes, siguiendo nuestro supremo principio — el beneficio —, se enriquecían tranquilamente con las quiebras, demoraban prudentemente la entrega de productos *demandados* para venderlos a un mayor precio, se entregaban a la especulación bursátil; bajo la fachada de la ilimitada y “sagrada” libertad

³ En Estados Unidos, la revista republicana *Tribune*, de la que se publicó un fragmento en «La abeja del norte» del 21 de septiembre de 1861 (núm. 209, pág. 859, columna 4), calculando el efecto de la victoria del partido ultrademocrático, afirma: «Un estado declarará sin falta que la tarifa de la Unión es inválida; otro se opondrá a los impuestos de guerra; un tercero no permitirá que el correo pase por su territorio; como consecuencia de ello, la Unión se desintegrará». [Nota del autor]

de comercio, erigían monopolios. Unos se hicieron ricos, otros se arruinaron. A todo esto, ninguno quería sacrificar una parte de sus ganancias personales por las del conjunto cuando estas últimas no le proporcionaban un beneficio inmediato; los canales se contaminaban; los caminos no se terminaban por falta de cooperación; las fábricas y los talleres se venían a menos; las bibliotecas vendían sus libros; los teatros se cerraban. La necesidad iba en aumento y golpeaba por igual a todos, a ricos y a pobres; irritaba el corazón; los reproches terminaban en querellas; se desenvainaban espadas; se derramaba sangre; se alzaba una región contra otra, una población contra otra; la tierra quedaba sin sembrar; una rica cosecha era destruida por el enemigo; el padre de familia, el artesano, el mercader desatendían sus pacíficas ocupaciones; a la vez, y junto con ello, los sufrimientos generales aumentaban.

En estas batallas externas o intestinas que ora cesaban por un tiempo, ora se encendían con renovado ensañamiento, transcurrieron muchos años. A causa de las aflicciones generales y particulares, el abatimiento cundió entre toda la población. Extenuadas por aquella prolongada lucha, las personas se entregaron a la inacción. Nadie quería emprender nada para el futuro. Todos los sentimientos, todos los pensamientos, todos los impulsos del hombre se limitaban al instante presente. El padre de familia regresaba a casa desanimado, triste. No lo consolaban ni las caricias de la esposa ni el desarrollo intelectual de los hijos. La educación parecía superflua. Solo una cosa se consideraba necesaria: la verdad o la mentira para procurarse unos pocos beneficios materiales. Los padres temían inculcar ese arte a sus hijos para no darles armas que pudieran atender contra ellos mismos; además, habría sido innecesario; el joven benthamita, ya desde su más temprana infancia, aprendía por los relatos de la madre, por las antiguas leyendas, una sola ciencia: evitar las leyes divinas y humanas y mirarlas como un mero recurso para extraer alguna ventaja. No había con qué reavivar la lucha del hombre; no había con qué consolarlo en su aflicción. La lengua divina e inspiradora de la poesía era inaccesible al benthamita. Los grandes fenómenos de la naturaleza no lo sumían en esa despreocupada meditación que arrebató al hombre de la aflicción terrenal. La madre no sabía cantar canciones junto a la cuna del niño. Ya hacía mucho que el natural elemento poético había sido aniquilado por el interesado cálculo del beneficio. La muerte de ese elemento contagió todos los otros elementos de la naturaleza humana; todos los pensamientos abstractos y generales que vinculaban a los hombres entre sí fueron tomados por un delirio; los libros, el conocimiento, las leyes de la moral, por un lujo

innecesario. De los gloriosos tiempos de antaño solo quedaba una palabra: “beneficio”, pero esta también había adquirido un sentido indefinido: cada cual la interpretaba a su manera.

Pronto surgieron las discordias dentro de nuestra principal ciudad. En las afueras de esta había ricas minas de carbón. Sus propietarios obtenían de ellas un abundante ingreso. Pero a causa del largo tiempo transcurrido y de la profundización de las minas, estas se llenaron de agua. La extracción de carbón se volvió dificultosa. Los propietarios elevaron su precio. Como consecuencia de ello, los habitantes de la ciudad no pudieron contar más con la cantidad suficiente de ese necesario material. Llegó el invierno; la escasez de carbón se hizo aún más sensible. Los pobres recurrieron al gobierno. Este arbitró medios para sacar el agua de las minas y, así, aligerar la extracción de carbón. Los ricos se resistieron, demostrando con cálculos irrefutables que para ellos era más conveniente vender una menor cantidad a un precio alto antes que detener el trabajo para drenar las minas. Comenzaron las discusiones, y el asunto terminó en que una multitud de pobres que tiritaba de frío se arrojó sobre las minas y se apropió de ellas, demostrando por su parte, también irrefutablemente, que para ella era mucho más conveniente tomar el carbón de forma gratuita antes que pagarlo.

Tales fenómenos se repetían sin cesar. Infundían una gran inquietud en todos los habitantes de la ciudad; no los abandonaban ni en la plaza ni bajo el techo de sus casas. Todos veían el desastre general, y nadie sabía cómo evitarlo. Al final, tras buscar por doquier la causa de sus desgracias, se les antojó encontrarla en el gobierno, ya que este, si bien rara vez, en sus llamamientos mencionaba la necesidad de ayudarse el uno al otro, de sacrificar el propio beneficio en pro del beneficio general. Pero ya todos los llamamientos llegaban tarde; todos los conceptos en la sociedad se habían confundido; las palabras habían cambiado su significado; el propio beneficio general parecía ya una quimera; el egoísmo era la única y sagrada regla de la vida; los insensatos acusaban a las autoridades del más terrible de los crímenes: la poesía. “¿Para qué queremos esas elucubraciones filosóficas acerca de la virtud, la abnegación, el valor civil? ¿Qué intereses arrojan? ¡Atiendan nuestras necesidades reales, positivas!”, gritaban los desdichados, sin saber que el verdadero mal se hallaba en sus propios corazones. “¿Para qué queremos a esos científicos y filósofos? —decían los mercaderes—. ¿Son ellos quienes deben gobernar la ciudad? Nosotros nos ocupamos de un asunto real; ganamos dinero, pagamos, compramos productos de la tierra, los vendemos, aportamos una verdadera utilidad.

¡Somos nosotros quienes debemos gobernar!”. Y todos aquellos en los que subsistía siquiera una chispa de fuego divino eran desterrados de la ciudad porque los consideraban nocivos soñadores. Los mercaderes pasaron a gobernar — y el gobierno se convirtió en una sociedad anónima. Desaparecieron todas las grandes empresas que no daban una ganancia inmediata o cuya finalidad no era clara para el limitado e interesado parecer de los mercaderes. La clarividencia estatal, la sabia previsión, la corrección de las costumbres: todo lo que no perseguía directamente una finalidad comercial, es decir, lo que no arrojaba intereses, fue denominado “quimera”. El feudalismo bancario triunfaba. Las ciencias y las artes cesaron; no había nuevos descubrimientos, invenciones, perfeccionamientos. El aumento de la población exigía nuevas fuerzas a la industria, pero esta seguía una vía antigua y trillada y no respondía a las crecientes necesidades. Ante el hombre surgieron fenómenos naturales inesperados y devastadores: tempestades, vientos deletéreos, pestes, hambrunas... el hombre, humillado, inclinaba ante ellos la cabeza, mientras que la naturaleza, irrefrenable en su poder, aniquilaba de un soplo los frutos de sus anteriores esfuerzos. Todas las fuerzas caducaban en el hombre. Incluso aquellos propósitos ambiciosos que, en un futuro, podían fortalecer la actividad comercial, pero que, en el presente, frustraban las ganancias de los mercaderes-gobernantes, eran llamados “prejuicios”. El engaño, las falsificaciones, las quiebras inventadas, el pleno desprecio por la dignidad del hombre, la divinización del oro, la complacencia con las demandas más elementales de la carne se convirtieron en algo patente, permitido, necesario. La religión se volvió un objeto completamente extraño; la moral consistía en calcular bien los totales; el quehacer intelectual, en la búsqueda de medios para engañar sin perder credibilidad; la poesía, en un balance de ingresos y egresos; la música, en un monótono golpeteo de máquinas; la pintura, en un mero delinear modelos. No había con qué fortalecer, estimular, consolar al hombre; este no tenía en qué abstraerse de sí mismo siquiera por un instante. Las misteriosas fuentes del espíritu se secaron; cierta sed martirizaba las almas, y los hombres no sabían siquiera cómo llamarla. El sufrimiento general se extendió.

En ese tiempo, en la plaza de una ciudad de nuestro Estado apareció un hombre pálido, con el cabello revuelto y mortaja fúnebre. “¡Ay de ti! —exclamaba, echándose polvo sobre la cabeza—. ¡Ay de ti, desdichado país! ¡Has fustigado a tus profetas, y tus profetas se han callado! ¡Ay de ti! Mira, en el alto cielo ya se acumulan terribles nubarrones. ¿O acaso no temes que el fuego del cielo se abata sobre ti e incinere tus

campos y poblados? ¿O acaso te salvarán tus palacios de mármol, tu suntuosa vestimenta, tus montones de oro, tus innumerables esclavos, tu hipocresía y astucia? Has corrompido tu alma, has vendido tu corazón y has olvidado todo lo grande y sagrado. Has alterado el significado de las palabras y llamado oro al bien y bien al oro, astucia a la inteligencia e inteligencia a la astucia. Has despreciado el amor, has despreciado la ciencia de la mente y la ciencia del corazón. Se derrumbarán tus palacios, se desgarrará tu vestimenta, se cubrirán de hierba tus plazas y tu nombre será olvidado. Yo, el último de tus profetas, apelo a ti: deja la venta y el oro, la mentira y el deshonor, reaviva el pensamiento y los sentimientos, ponte de rodillas no ante altares de ídolos, sino ante el altar del amor desinteresado... Pero oigo la voz de tu endurecido corazón; mis palabras resuenan en vano en tus oídos; no te arrepentirás. ¡Maldito seas!”. Con esas palabras, el hombre cayó de bruces al suelo. La policía dispersó a la multitud de curiosos y llevó a aquel desgraciado al manicomio. Unos días después, en efecto, los habitantes de nuestra ciudad fueron arrasados por una terrible tormenta. Parecía que todo el cielo ardía en llamas; las nubes se desgarraban en rayos azulados; los truenos se sucedían sin interrupción; los árboles eran arrancados de raíz; muchos edificios fueron destruidos por los rayos. Pero no hubo mayores desastres. Solo un tiempo después, en “Lista de precios”, el único periódico de nuestra ciudad, leímos el siguiente artículo:

“El jabón, en calma. Por una partida de medias de algodón se ofrece un descuento del veinte por ciento. Se requiere percal.

P. S. Aprovechamos para informar a nuestros lectores que la tormenta que se produjo hace dos semanas causó un inmenso daño a cien millas a la redonda de nuestra ciudad. Muchas ciudades ardieron a causa de los rayos. Para colmo de males, en la montaña más próxima se ha formado un volcán y la lava que se ha derramado de él acabó con todo aquello que había perdonado la tormenta. Miles de personas perdieron la vida. Por suerte para los demás, la lava enfriada representa una nueva fuente para la artesanía; fracturan los multicolores fragmentos de lava y los convierten en anillos, aros y otros adornos. Les recomendamos a nuestros lectores aprovechar el infortunio de esos artesanos. Por necesidad, venden sus productos casi por nada, y se sabe que todos los objetos hechos con lava pueden revenderse con gran margen de ganancia, etcétera...”».

Nuestro desconocido se detuvo.

«¿Qué más contarles? No podía prolongarse mucho nuestra vida artificial, compuesta por transacciones comerciales.

Transcurrieron varios siglos. Los mercaderes fueron sustituidos por los artesanos. “¿Para qué queremos a estas personas que se valen de nuestro trabajo y se enriquecen sentadas tranquilamente a la mesa? —gritaban—. Nosotros trabajamos con el sudor en la frente; conocemos el esfuerzo; sin nosotros, ellas no podrían existir. Nosotros aportamos un beneficio fundamental a la ciudad. ¡Somos nosotros quienes debemos gobernar!”. Y todos aquellos en los que subsistía siquiera una noción general sobre los asuntos fueron desterrados de la ciudad; los artesanos pasaron a gobernar — y el gobierno se convirtió en un taller. Desapareció la actividad comercial; las artesanías colmaban los mercados; no había centros de venta; las vías de comunicación se cortaron a causa de la ignorancia de los gobernantes; el arte de hacer rotar el capital se perdió; el dinero se convirtió en una rareza. El sufrimiento general se multiplicaba.

Los artesanos fueron sustituidos por los agricultores. “¿Para qué queremos a estas personas que se ocupan de chucherías y, sentadas bajo un cálido techo, comen el pan que nosotros obtenemos con el sudor de nuestra fuente, de día y de noche, con frío y con calor? —gritaban—. ¿Qué harían si no las alimentáramos con nuestra labor? Nosotros aportamos un beneficio fundamental a la ciudad; conocemos sus necesidades vitales. ¡Somos nosotros quienes debemos gobernar!”. Y todos aquellos que no tenían las manos acostumbradas al rústico trabajo rural fueron desterrados de la ciudad.

Tales fenómenos, con ligeros cambios, se produjeron también en otras ciudades de nuestra tierra. Los desterrados de una región, al llegar a otra, hallaban un momentáneo refugio, pero la acuciante necesidad los obligaba a buscarse otro. Expulsados de un territorio a otro, se reunían en multitudes y se procuraban el alimento a mano armada. Los caballos pisoteaban los campos; la cosecha se liquidaba antes de madurar. Los agricultores se vieron obligados, para protegerse de los ataques, a dejar sus ocupaciones. Una pequeña parte de la tierra era sembrada y, labrada en medio de alarmas e inquietudes, daba escasos frutos. Abandonada a sí misma, sin la intervención del hombre, se cubría de maleza y arbustos o se llenaba de arena del mar. No había quien señalara las poderosas herramientas de la ciencia que debían prevenir las desgracias generales. El hambre con todos sus horrores se esparció cual impetuoso río por nuestro país. El hermano mataba al hermano con un trozo de arado y le arrancaba el módico pan de las ensangrentadas manos. Los magníficos edificios de nuestra ciudad ya hacía tiempo que estaban desiertos; las

inútiles embarcaciones se pudrían en los muelles. Y era extraño y terrible ver, cerca de palacios de mármol que hablaban de su anterior grandeza, una multitud basta y desenfadada que, presa de una violenta depravación, discutía sobre el poder o sobre el sustento cotidiano. Los terremotos acabaron lo iniciado por los hombres: derribaron todos los monumentos de la antigüedad y los taparon de polvo; el tiempo los cubrió de hierba. Todo lo que quedó del pasado fue una piedra rectangular sobre la que alguna vez se erigía la estatua de Bentham. Los habitantes de la ciudad huyeron a los bosques, donde la caza de animales les permitía procurarse el alimento. Separadas la una de la otra, las familias se embrutecieron; con cada generación se perdía una parte de los recuerdos del pasado. Y, al final, ¡ay!, vi cómo los últimos descendientes de nuestra gloriosa colonia, en manos de un miedo supersticioso, se arrodillaban ante el pedestal de la estatua de Bentham, a quien tomaban por una divinidad antigua, y le ofrecían en sacrificio prisioneros capturados en las luchas con otras tribus igualmente salvajes. Cuando les señalaba las ruinas de su patria y les preguntaba qué pueblo había dejado esos recuerdos, me miraban asombrados y no entendían mi pregunta. Finalmente, murieron también los últimos vestigios de nuestra colonia, agobiados por el hambre, las enfermedades o devorados por los animales carnívoros. De toda la patria ha quedado esta piedra sin vida, y solo yo lloro y maldigo sobre ella. Ustedes, habitantes de otros países; ustedes, admiradores del oro y la carne, revelen al mundo la historia de mi desdichada patria... y ahora retírense y no perturben mis sollozos».

El desconocido se aferró exasperado a la piedra rectangular; parecía que trataba con todas sus fuerzas de derribarla...

Nos alejamos.

Al llegar a la siguiente posta, intentamos que el tabernero nos diera alguna información sobre el ermitaño con quien habíamos hablado.

—¡Oh! —nos respondió el tabernero—. Lo conocemos. Hace un tiempo expresó el deseo de decir un sermón en una de nuestras reuniones (*meetings*). Todos nos alegramos, en especial nuestras esposas, y nos reunimos a escuchar al predicador pensando que era un hombre honrado; pero ya desde las primeras palabras empezó a reñirnos, a demostrar que éramos el más inmoral de los pueblos, que la quiebra es un asunto de lo más impúdico, que el hombre no debe pensar todo el tiempo en acrecentar su riqueza, que sin falta estaríamos perdidos... y otras cosas censurables por el estilo. Nuestro amor propio no soportó semejante ofensa a nuestro carácter nacional y sacamos

al orador a empujones. Eso, por lo visto, lo tocó en lo vivo; se trastornó, deambula de un lado a otro, detiene a los transeúntes y a cada uno le cuenta fragmentos del sermón que había preparado para nosotros.

—¿Y, qué tal? ¿Qué le ha parecido esta historia? —preguntó Fausto cuando terminó de leer.

—No entiendo qué querían demostrar esos señores con su historia —dijo Viacheslav.

—¿Demostrar? ¡Decididamente nada! Usted sabe que, en los experimentos químicos, los observadores acostumbran a llevar un registro de todo lo que notan durante su realización; aún no se proponen demostrar nada, pero anotan cada hecho verdadero o engañoso...

—Pero ¿qué hecho hay aquí? —exclamó Víktor—. Ese hecho jamás existió...

FAUSTO. Para mis exploradores del espíritu el hecho fue una toma de conciencia simbólica del advenimiento de una época que, por el curso natural de las cosas, debería sin falta formarse si la buena providencia no hubiera privado a los hombres de la capacidad de llevar *por entero* sus ideas a la práctica y si, para la felicidad de la propia humanidad, cada pensamiento no se viera detenido en su desarrollo por otro —falso o verdadero, es lo mismo—, pero que, como un flotador, impide que el anzuelo (con el que alguien se entretiene con nosotros) se vaya a pique y levante todo el limo. Por lo demás, a pesar de todos los obstáculos que la humanidad encuentra para el pleno desarrollo del pensamiento de alguno de sus miembros, es imposible no reconocer, sin embargo, que el feudalismo bancario de Occidente no se interpuso directamente en el camino de los benthamitas. Ahora bien, en el otro hemisferio hay un país que, al parecer, ha ido más lejos en esa dirección; allí los duelos ya no de palabra, ya no con sables, sino directamente *a dentelladas* se han vuelto un asunto corriente.

VIACHESLAV. Todo eso está muy bien, pero no le veo objeto alguno. ¿Qué quieren demostrar o, acaso, qué han notado esos señores? ¿Que únicamente el beneficio material no puede ser la finalidad de una sociedad ni servir de fundamento a sus leyes? Quisiera saber cómo se las arreglarían sin ese beneficio. Según su sistema, no hay que preocuparse ni de la leña, ni del ganado ni de la ropa...

FAUSTO. ¿Quién dice eso? ¡Todo lo que está bien es bueno! Pero la cuestión no pasa por ahí, y en vano los economistas materialistas quieren enmascararla. Me explicaré con un ejemplo no del todo fragante, aunque a ustedes, los utilitaristas, todo les da igual: según ustedes, todo objeto tiene derecho a existir porque existe. Las personas que recogen la basura y toda suerte de inmundicia en la ciudad aportan un beneficio importante: previenen que la ciudad tenga un olor desagradable, que haya enfermedades contagiosas; sin su ayuda, la ciudad no podría existir. Se trata, sin duda, de personas sumamente útiles, ¿no es cierto?

VÍKTOR. Estoy de acuerdo.

FAUSTO. Pues bien, ¿qué pasaría si esas personas, orgullosas de sus fétidas hazañas, exigieran el primer lugar en la sociedad y se consideraran con derecho a fijarle una meta y dirigir sus acciones?

VÍKTOR. Eso jamás podría suceder.

FAUSTO. No es cierto; está sucediendo ante nosotros, solo que en otra esfera: los señores economistas que profesan el utilitarismo, preocupados únicamente por las palancas reales, también revuelven solo en aquella basura que les oculta la verdadera finalidad y naturaleza de la humanidad, y en pro de sus fétidas hazañas se consideran, junto con los banqueros, los rentistas, los especuladores, los comerciantes, etc., con derecho a ocupar el primer lugar en el género humano, a prescribirle a este leyes y a indicarle su meta. Son dueños de la tierra, del mar, del oro y de los barcos de todos los rincones del mundo; pareciera que pueden proporcionarle todo al hombre, pero este está descontento, su existencia no es plena, sus necesidades no están satisfechas y busca algo que no ingresa en el libro contable.

VÍKTOR. Ajá, ¿no habrá entonces que encomendarles ese asunto a los poetas?

FAUSTO. Los poetas fueron expulsados de la ciudad ya en época de Platón; les gustan las coronas que han colocado sobre sus cabezas; sentados sobre el monte desde el cual contemplan la ciudad, no pueden dejar de sorprenderse de que todo en ella se mueva con la salida del sol y todo se paralice con la puesta de este; a veces releen los discursos del inteligente Edmund Burke acerca de la prosperidad de la India bajo el control de una compañía comercial que, como decía el célebre orador, «acuñaba dinero con carne humana».⁴

⁴ Véase su discurso de principios de 1788. [Nota del autor]

VÍKTOR. Pero entonces inventen, señores, nuevas leyes para la economía política y veámoslas en la práctica.

FAUSTO. ¡Inventar! ¡Inventar leyes! No sé, señores, por qué ese asunto se les antoja posible; a mí me parece del todo inconcebible que pueda haber un ser que haya sido enviado por alguien al mundo con el encargo de inventar leyes para ese mundo y para sí mismo; porque de eso habría que concluir que ese mundo carece de leyes para la existencia, es decir, que existe sin existir; yo creo que en todo el mundo las leyes deben estar ya preparadas; solo hay que hallarlas. Por lo demás, eso no es asunto mío; yo, al igual que el hombre de ciencia que mencionó Rostislav, solo reparo en lo que los demás dicen, pero yo mismo no digo nada; sin embargo, se me hace que el papel más importante en todo el universo lo desempeña precisamente aquello que es menos tangible o menos útil. Lean en Carus⁵ las curiosas demostraciones de que todas las partes sólidas —músculos, huesos— son producto de partes líquidas, es decir, restos de un organismo ya conformado. Incluso parece que es posible verificar esa gradualidad en la naturaleza. Cuanto más descendemos por sus estadios, menos ligaduras, solidez y fuerza encontramos, a pesar de la aparente densidad; rompan una piedra y esta quedará fragmentada; corten un árbol y este crecerá; la herida de un animal cicatriza; cuanto más se eleven en la esfera de objetos, más fuerza encontrarán; el agua es más débil que la piedra; el vapor, por lo visto, es más débil que el agua; el gas es más débil que el vapor, mientras que la fuerza de esos agentes aumenta a medida que crece su aparente debilidad. Más arriba aún encontramos la electricidad, el magnetismo: fenómenos intangibles e incalculables que no aportan ningún beneficio directo, pero que mueven y mantienen en armonía toda la naturaleza física. Me parece que ese es un buen indicador para los economistas. Pero ya es tarde, señores, o, como dice Shakespeare, *ya se hace temprano*; mañana les mostraré las notas de nuestros exploradores sobre esos extraños símbolos de este mundo que se denominan «poetas», «artistas», etc.

—Una palabra más —dijo Víktor—. Ustedes, señores ideólogos, cuando vuelan por los cielos gustan de darnos órdenes a nosotros, los pobres mortales que, como tú dices, revolvemos en la basura. ¿No es posible hacerlo menos resueltamente? Dejemos a

⁵ Véase Carus, *Grundzüge der vergleichenden Anatomie*. Este célebre libro, que ha significado un quiebre en nuestras nociones sobre el organismo, es conocido por cualquier naturalista; lo recomendamos —al igual que otro libro del mismo autor: *System der Physiologie*, Dresde, 1839— a poetas y artistas, tanto más que en esos libros la profunda erudición se combina con ese elemento poético gracias al cual Carus reunía en su persona las cualidades de fisiólogo de primera magnitud, de experimentado médico, de original pintor y de literato. [Nota del autor]

Malthus; que Dios lo guarde. ¡Pero Adam Smith, el gran Adam Smith, el padre de toda la economía política de nuestro tiempo, fundador de una escuela célebre por los nombres de Say, Ricardo, Sismondi! ¿No será demasiado brusco acusarlo de un flagrante absurdo, y con él a dos generaciones enteras? ¿Acaso el género humano ha llegado a tal ceguera que durante medio siglo nadie notó ese absurdo?

FAUSTO. ¿Nadie? No, yo sigo el consejo de Goethe:⁶ elogio sin escrúpulos; pero, cuando me veo obligado a censurar a alguien, siempre trato de apoyar mi opinión con alguna autoridad importante. A comienzos de nuestro siglo vivió un hombre llamado Melchiorre Gioia, a quien los economistas ingleses y franceses mencionan en la historia de la ciencia solo para limpiar la conciencia, aunque es probable que ninguno de ellos haya tenido la paciencia para leer cerca de los doce tomos en in-cuarto que escribió el humilde Melchiorre; se trata de una maravillosa proeza de erudición y profundidad de pensamiento. En 1816 incluyó en su libro⁷ una tabla a la que, sin ironía, llamó «El estado actual de la ciencia». En esa tabla resumió distintos «axiomas» de la economía política de Adam Smith y sus seguidores. De esa tabla se deduce que esos señores sencillamente no se entendían a sí mismos, pese a la engañosa claridad que perseguían. Así, por ejemplo, Adam Smith, el gran Adam Smith, demuestra:

que el trabajo es la fuente primaria y no primaria de la riqueza nacional⁸;

que el perfeccionamiento de la industria depende íntegramente y no depende de la división del trabajo⁹;

que la división del trabajo es y no es la principal causa de la riqueza nacional¹⁰;

que la división del trabajo es suscitada y no es suscitada por el espíritu de inventiva¹¹;

que la producción rural depende y no depende de otras ramas de la industria¹²;

⁶ *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*. [Nota del autor]

⁷ *Nuovo prospetto delle scienze economiche*, 6 v. in-4º, Milán, 1816, tomo V, parte sexta, pág. 223. [Nota del autor]

⁸ Adam Smith, (edición francesa, 1802), t. I, pág. 5 y t. IV, pág. 507. [Nota del autor]

⁹ *Ibid.*, t. III, pág. 543 y t. I, págs. 17-18; t. I, pág. 11 y t. II, págs. 215-216. [Nota del autor]

¹⁰ *Ibid.*, t. I, págs. 24-25 y t. I, págs. 262-264; t. I, pág. 29 y t. II, págs. 370, 193, 326, 210; t. III, pág. 323. [Nota del autor]

¹¹ *Ibid.*, t. I, págs. 21-22; t. IV, págs. 181-183. [Nota del autor]

¹² *Ibid.*, t. II, págs. 409-410 y t. II, pág. 408. [Nota del autor]

que la agricultura proporciona y no proporciona la mayor ganancia para el capital¹³;

que el trabajo intelectual es y no es una fuerza productiva, es decir, que multiplica la riqueza nacional¹⁴;

que el interés privado ve mejor y peor el beneficio social que cualquier funcionario del gobierno¹⁵;

que las ganancias privadas de los mercaderes están estrechamente ligadas y no están en absoluto ligadas con las ganancias de los demás miembros de la sociedad¹⁶.

Al parecer es suficiente, ¿verdad? He leído de la tabla al azar, pero se trata de los axiomas más importantes de la ciencia. El éxito de Adam Smith es muy comprensible; su principal objetivo era demostrar que nadie debe entrometerse en los negocios de los mercaderes, que estos deben dejarse librados al llamado *curso natural* y a la noble competencia. Pueden figurarse la admiración de los comerciantes ingleses cuando se enteraron de que desde una cátedra universitaria se les otorgaba el derecho a revender, acaparar, subir y bajar arbitrariamente los precios y, mediante hábiles subterfugios, sin mayor esfuerzo, ganar cien a uno — que en todo ello «no solo tienen razón, sino que son casi unos santos»...¹⁷

Desde entonces se pusieron de moda palabras altisonantes como «amplitud del comercio», «importancia del comercio», «libertad de comercio». Con ayuda de este último apodo, la teoría de Adam Smith penetró en Francia, y únicamente por la consonancia de las palabras su propio sentido (si acaso lo tiene) se convirtió allí en un axioma: Adam Smith es reconocido como un profundo filósofo y benefactor del género humano; pocos lo leyeron y nadie entendió qué quería decir; pero, a pesar de ello, del oscuro e intrincado laberinto de sus pensamientos salieron muchas creencias infundadas, inútiles, pero que lisonjeaban las pasiones más bajas del hombre y, por ello, cundieron en la multitud con increíble rapidez. Así, gracias a Adam Smith y sus seguidores, hoy se denomina «consistencia» y «negocio» solo aquello que puede facilitar la circulación

¹³ *Ibid.*, t. II, págs. 376-378, 407, 498 y t. I, págs. 260-261; t. II, págs. 401-402, 481, 483, 485, 486, 487, 413. [Nota del autor]

¹⁴ *Ibid.*, t. II, págs. 204-205; t. I, págs. 213-214, 23, 262-265 y t. II, págs. 312-313. [Nota del autor]

¹⁵ *Ibid.*, t. V, pág. 524; t. III, págs. 60, 223; t. II, pág. 344 y t. II, págs. 161, 423-424; t. III, pág. 492; t. II, págs. 248, 289; t. I, págs. 219-227. [Nota del autor]

¹⁶ *Ibid.*, t. II, pág. 161; t. III, págs. 239, 208-209, 435, 54-55, 59 y t. III, págs. 295, 145, 239; t. II, pág. 164, 165; t. III, pág. 465. [Nota del autor]

¹⁷ Krilov. [Nota del autor]

mercantil; hombre «consistente» y «de negocios» se denomina solo a aquel capaz de aumentar sus ganancias, y por la incomprensible expresión «curso natural de las cosas», que en modo alguno cabe perturbar, se entienden las operaciones bancarias, el feudalismo monetario, el agiotaje, la especulación bursátil y demás cosas por el estilo.

—Entonces —señaló Víktor—, ¿para ti la economía política no existe?...

—¡Oh, no! —respondió Fausto—. Sí que existe; es la primera de las ciencias; es probable que, algún día, todas las ciencias deban buscar en ella un apoyo tangible. Solo que, y te lo diré con palabras de Gógol, existe *del revés*¹⁸.

Traducción de Alejandro Ariel González

¹⁸ Cita de *El inspector* (1836), de Nikolái Gógol. [Nota del traductor]